

**Margarita Liberaki**  
**TRES VERANOS**

TRADUCCIÓN DE LAURA SALAS RODRÍGUEZ

**EDITORIAL PERIFÉRICA**

PRIMERA EDICIÓN: abril de 2022  
TÍTULO ORIGINAL: Τα ψάθινα καπέλα  
DISEÑO DE COLECCIÓN: Julián Rodríguez

La presente publicación ha sido beneficiaria de una de las ayudas a la Edición convocadas por la Consejería de Cultura, Turismo y Deportes de la Junta de Extremadura.

© Margarita Liberaki y Kastaniotis Editions S.A., Atenas, 1995.  
Primera edición en griego: 1946.  
Publicado por acuerdo con Iris Literary Agency.  
© de la traducción, Laura Salas Rodríguez, 2022  
© de esta edición, Editorial Periférica, 2022. Cáceres  
[info@editorialperiferica.com](mailto:info@editorialperiferica.com)  
[www.editorialperiferica.com](http://www.editorialperiferica.com)

ISBN: 978-84-18838-31-6  
DEPÓSITO LEGAL: CC-63-2022  
IMPRESIÓN: Kadmos  
IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

La editora autoriza la reproducción de este libro, total o parcialmente, por cualquier medio, actual o futuro, siempre y cuando sea para uso personal y no con fines comerciales.

*A mi hermana*

PRIMER VERANO

I  
LA ABUELA POLACA

Aquel verano nos compramos unos enormes sombreros de paja. El de María tenía cerezas alrededor; el de Infanta, nomeolvides azules, y el mío, amapolas rojas como el fuego. Así, cuando nos tumbábamos en el pajar, nos fundíamos con las flores silvestres. «¿Dónde os habéis metido otra vez?», gritaba nuestra madre. Nosotras, chitón. Susurrábamos, nos contábamos secretos. Los años anteriores María e Infanta se los confiaban a mis espaldas, pues yo era la más pequeña. Pero ese año... Ese año Infanta se tumbaba un poco más allá, en silencio, y María me los revelaba a mí. No dejaba de hablar mientras se revolcaba en la paja. Tenía las mejillas encendidas y los ojos le brillaban de un modo extraño. Si me distraía mirando el sol, que estaba a punto de ponerse, o algún insecto, María se enfadaba. «Pero bueno, ¿es que no te interesa lo que te cuento? –protestaba–. La culpa es mía por intentar abrirte los ojos. ¡Por mí, como si sigues creyendo que a los niños los trae la cigüeña!...»

Cuando me disponía a contestar que sabía que a los niños no los trae la cigüeña, que lo sabía desde siempre, me frenaba su carcajada, una carcajada decidida e impetuosa que estremecía los granos del trigo a su paso por la pradera hasta rebotar contra la montaña de enfrente y volver como un eco. En esos momentos me irritaba la risa de María.

Adivinaba en ella una desvergüenza que disipaba el misterio de las cosas, su encanto. Y, no sé por qué, al oírla, se me venía a la cabeza la romería del año anterior, en la iglesia del profeta Elías, donde había visto a un bebé muerto metido en un tarro e inmerso en formol, igual que estaba en el vientre de su madre antes de nacer.

A mediodía nunca dormía la siesta, costumbre que había arraigado en mí de pequeña, cuando pensaba que no echar una cabezada durante el día era una acción revolucionaria, prueba de una voluntad de hierro y de un alma independiente. Así las cosas, trepaba al nogal y me hacía anillos de flores y pulseras de crin de caballo. Después me los ponía e intentaba ver mi reflejo en la alberca. Pero nunca lo conseguía porque a aquella hora el sol caía de lleno en el agua y la hacía brillar como un trozo de oro caliente que me cegaba.

También hacía abalorios para mis hermanas. Pero luego no me gustaba vérselos puestos. No por envidia, sino porque me daba la sensación de que no los apreciaban lo suficiente, de que no se los merecían, pues era como si estuvieran esperando a que las flores se marchitaran —razón por la que se marchitaban antes de tiempo—, o como si supieran que las pulseras no eran más que crin de caballo y, por tanto, no podían parecer sino eso, mera crin de caballo que, para más inri, procedía de la cola, la misma con la que el animal espanta las moscas que se le posan en la grupa.

Cuando la luz me deslumbraba tanto que me pesaban los párpados y se me aflojaban las extremidades como si hubiera bebido vino dulce, me iba al pajar, donde encontraba un silencio lleno de sombra y de olor a heno. Allí colmaba mi soledad con personajes y lugares remotos: cintas de colores al viento, mares naranjas, Gulliver en el país de los caballos habladores, Ulises en las islas de Calipso y de Circe.

Circe era mala: transformaba a los humanos en cerdos. Pero tenía el poder de hacerlo. ¿Tendría yo más adelante algún poder parecido? No el de transformar a la gente en cerdos, claro, sino... El cuerpo se me iba hundiendo cada vez más en la paja, se apoderaba de mí un sopor de unos pocos minutos y empezaba a dar cabezadas, algo, eso sí, que no le confesaba a nadie. Era un sueño dulce y, al despertar, me daba la impresión de haber regresado de otro mundo. Pero la pradera reía y las uvas colgaban maduras de la parra, y yo, con las manos siempre prestas a cortarlas y la boca deseosa de saborearlas, me decía para mis adentros sí, de todos los mundos, de todas las estrellas que son otros mundos, no sería la Tierra la más bonita.

Nuestra casa quedaba a una media hora de Kifisiá. Estaba en medio de una pradera rodeada de vergeles y prácticamente aislada, ya que, para ir a la vivienda más cercana, que era la de Parigoris, el médico, se tardaba por lo menos diez minutos. «Sólo ir a la compra ya es agotador», decía nuestra vieja criada, Rodiá. La había construido el abuelo a su gusto: con habitaciones grandes, cuadradas, de techos altos, dos terrazas donde poníamos a secar el maíz o lo que fuera, la casita del jardinero y, un poco más apartados, el establo y los gallineros. Había puesto especial cuidado en el jardín: no sólo porque era ingeniero agrónomo, sino porque le gustaban los árboles. Los plantaba, los criaba como si fueran niños y se acordaba de sus enfermedades, de las heladas y de los malos vientos que habían doblgado sus troncos; también recordaba los injertos que les había hecho y la época en la que habían dado frutos por primera vez. «Los árboles –decía– son la cima de la Creación. Sus raíces en la tierra nos muestran que todas las criaturas están conectadas entre sí y con Dios.» En primavera solía tumbarse al pie del manzano –el manzano

del abuelo, así lo llamábamos— y escuchaba el zumbido de las abejas mientras éstas se adentraban en las flores para extraer el polen dorado.

Me figuro que el abuelo tenía la finca para consolarse. Había perdido a la abuela cuando mamá y la tía Teresa tenían respectivamente cinco y siete años. No es que se la hubiera llevado la Muerte: el que se la llevó fue un vivo, un músico que pasó por Atenas para dar un par de conciertos. En el primero la abuela se enamoró de él, se conocieron y, después del segundo, ya no pudo aguantar y se marchó con él. Como eran los dos extranjeros, hacían buena pareja: la abuela era polaca y tenía los ojos verdes.

Me quedé boquiabierta la primera vez que Rodiá me habló de todo aquello. Recuerdo que fue una noche de invierno que estábamos sentadas en la cocina mientras se cocían unos boniatos. ¿Una abuela haciendo una cosa así? No me cabía en la cabeza. «A ver, alma de cántaro —me respondió—, en aquella época todavía no era abuela. ¡Si tu madre y la tía Teresa eran unos micos!» Es verdad, aún no era abuela... «Nunca supimos adónde se fue —prosiguió Rodiá—. Quién sabe qué habrá sido de ella y si está viva... Desde entonces, tu abuelo no quiere ni oír hablar de ella.»

En efecto, nadie mentaba su nombre. Ni madre ni la tía Teresa. Sólo nosotras pensábamos en ella alguna vez. Además, habíamos descubierto una foto suya en una vieja consola. Qué guapa era... La llamábamos la *abuela polaca* para diferenciarla de la otra, la paterna, que era una señora de pelo blanco y sonrisa amarga, a causa de quién sabe qué deseos sin cumplir.

—Pues yo, qué queréis que os diga, la admiro —les dije una tarde en que hablábamos de ella tumbadas en el pajar.

—¿Y eso? —soltó distraída Infanta.

—¿Por qué? —preguntó María con interés.



–Pues porque fue valiente marchándose así, lejos del abuelo...

–Valientes son los que se quedan –me interrumpió María, e Infanta no dijo nada.

Supongo que María tenía razón y que hablé de ese modo porque era pequeña. Andando el tiempo, comprendí que para la abuela polaca lo lejano estaba realmente aquí, no allí.

Aquel invierno llovió mucho. El bosque estaba empapado y no le daba tiempo a secarse, la hojarasca se pudría y se transformaba en tierra. Por la noche soplaba un vendaval tan tremendo que las cortinas del comedor se movían sin que nadie las tocara.

–¿Quién es? –preguntaba el abuelo.

–Nadie –respondíamos nosotras.

–Pero si han llamado.

–No –contestábamos–. Habrás oído mal, abuelo. –Y suspirábamos.

Por nuestro pelo se derramaban gruesas gotas de lluvia al volver del colegio. Teníamos capuchas, pero no nos las poníamos: nos las echábamos hacia atrás y caminábamos a la intemperie. María iba dando tumbos y dejaba los labios entreabiertos, como si estuviera borracha. Infanta caminaba en línea rectísima y, cuando una gota se le posaba en las pestañas, se la limpiaba con la mano como si fuera una lágrima. Si tenía toda la cara mojada, no entiendo por qué le molestaba esa única gota. Yo, en cambio, corría con los brazos extendidos hacia el cielo y la tierra, y cantaba, pues me fascinaba estar fuera bajo la lluvia. Sin embargo, cuando estaba en la habitación y el agua repiqueteaba en el tejado y resbalaba por los cristales, no sé qué me entraba. Me encerraba, me tiraba en la cama y, rendida, lloraba un buen rato. Aunque no sé si era de pena.

–Caterina es un poco nerviosa –le advirtió un día la tía Teresa a madre–. Hay que tener cuidado.

–¿Cuidado de qué?

–Pues de que no se parezca a...

Se referían a la abuela polaca. Me di cuenta por el tono de sus voces, por la mirada que intercambiaron. ¿Conque la abuela era nerviosa? A partir de aquel día, cuando alguien me reñía o cuando me enfadaba con mis hermanas, me ponía a dar voces. Además, cogí su foto y esa misma tarde la coloqué junto a mi rostro frente al espejo. Pero, a pesar de todos mis esfuerzos, no encontré más que un remoto parecido. Ella tenía los ojos verdes; yo, castaños y uno más oscuro que otro, cosa rara, sí, pero no me sentaba mal. Rodiá decía que era señal de que iba a ser una persona con suerte. Mi abuela tenía el pelo negro; yo, castaño de nuevo. Ella, la piel blanca; yo, del color del trigo. Sólo nos parecíamos en el cuello y un poco en la barbilla, algo de lo que yo me enorgullecía mucho. La manera en que el cuello nos nacía de los hombros y continuaba hasta el mentón para dar paso al rostro estaba dotada de cierta belleza, una línea limpia y firme, indicio de que algún día yo sería guapa y, lo que es más, me daba seguridad y confianza en mí misma. Muchas veces, cuando estaba sola, me bajaba el vestido hasta los hombros. Antes de dormir, hacía lo mismo con el camisón y me miraba en el espejo. Me quedaba absorta en mi reflejo, como si en el mundo no existiera nada más que yo y mi imagen, y eso me gustaba. Pero una noche que se había ido la luz, encendí una vela y me llevé un buen susto porque vi que mi sombra se alzaba, enorme, sobrenatural, en la pared de enfrente, hasta tocar mi cama, hasta llegar al techo y cubrirlo.

La tía Teresa llevaba razón al decir que ese año tendríamos muchas amapolas. Por lo visto, las lluvias habían

multiplicado las semillas y éstas se habían esparcido por todo el prado. Aun dentro de la finca, en los sitios sin sembrar, se formaban alfombras cuadradas de rojo, como augurando que sucedería algo de manera inminente: eso decía Rodiá que significaba soñar con rojo. Me alegro de haber elegido amapolas de ese color para mi sombrero de paja. Así estoy en armonía con todo. También María acertó al elegir las cerezas rojas, un fruto jugoso y dulce. En cuanto a los nomeolvides azules de Infanta, son tan poco corrientes...

Recuerdo aquellos años como si fueran un único día, un momento. Las tardes de primavera y de verano poníamos un mantel de color cereza en la mesa pequeña de la terraza. Y, cuando llegaba la hora de la puesta de sol y empezaba a refrescar, se oía a la tía Teresa haciendo ruido arriba, en su cuarto, como si moviera algún mueble. Luego bajaba con aquel paso suyo inestable que daba la impresión de que se había mareado y de que se podía desplomar de un momento a otro. Se veía también a madre saliendo sigilosa de la casa para sentarse en su sitio de costumbre, que no miraba al bosquecillo, sino al recinto abierto de Tatoi. También el abuelo dejaba el trabajo, se lavaba las manos y la cara para refrescarse después de un largo día antes de venir a sentarse. Aún me parece oír el grifo del baño corriendo al mismo tiempo que el agua de la reguera. El aire era templado, *Mavruco* miraba el agua correr y, confundiéndola con algo vivo, ladraba. De lejos se oía la voz de la Capátena llamando a sus hijos —«Costas, Cula, ¡eh!, Manolis»— y Rodiá aparecía con la bandeja grande del té y las galletitas. Todo era perfecto y melancólico.

Debajo de la terraza estaba el parterre, *mi* parterre, el que me había regalado el abuelo para plantar lo que quisiera.

Cultivaba todo tipo de flores. No prestaba atención a su tipología ni las disponía formando triángulos, cuadrados o en líneas, como suele ser costumbre, sino que me limitaba a sembrar las semillas esparciéndolas al azar en la época idónea, intentando muchas veces olvidar cuáles había empleado para llevarme una sorpresa al verlas brotar de la tierra. Las especies y los colores se mezclaban, se apretujaban unos contra otros: flores amarillas, rojas, moradas, azules, naranjas, unas largas y otras cortas, y otras escondidas por completo entre las hojas. Aún no sé si aquello era o muy feo o muy bonito. No obstante, madre siempre murmuraba que por esos detalles se conocía a las personas, y que no hacía falta más que echar una mirada al parterre para ver lo desordenada que yo era. Los demás lo llamaban «el parterre chillón», y el abuelo, una vez, al verlo, me dijo algo como: «A ti te gusta la naturaleza y no eres su esclava. Yo soy su esclavo: me deja que la sirva, pero no que me acerque».

Al lado del quiosco estaba el pequeño huerto de María. Lo había dividido en cuadrados diminutos, uno para cada verdura de temporada. Y la verdad es que sus guisantes eran los más ricos de toda la finca. Al año solamente sacaba unos tres o cuatro kilos, así que apenas nos alcanzaban para cocinarlos un par de veces. Por eso María insistía en que los saboreáramos en pequeñas cantidades pinchándolos con la punta del tenedor, pues quería que nos deleitáramos con cada bocado.

Infanta había elegido para ella diez almendros. No necesitaban muchos cuidados, no había ni que regarlos a menudo ni que cavar la tierra. Aunque sus frutos no eran comestibles, daba alegría verlos en primavera, y pena en invierno, eso sí. Infanta apoyaba la mano en las ramas, estuvieran floridas o desnudas, y la dejaba allí mucho tiempo. En aquel

entonces Infanta era una niña, pero tenía las manos de una mujer adulta.

Cuando refrescaba, yo cavaba en mi jardín de flores; María, en su huerto; Infanta miraba sus árboles, y los mayores se reunían en la terraza alrededor del mantel color cereza. No pasaba mucho rato antes de que apareciera el señor Lusus, que venía a visitarnos con regularidad. A diario, casi a la misma hora, oíamos el crujido de la puerta de madera y el rechinar de las piedras del jardín, que parecían romperse bajo sus fuertes pisadas. Puesto que caminaba agitando bruscamente los brazos y el bastón, a su paso sacudía las ramas más bajas de los tres pistacheros que estaban en el caminito de tierra, hasta el punto de que muchas veces me acercaba para comprobar si se había roto alguna. Aunque no me lo explico, el señor Lusus jamás llegó a romper ninguna. Lo único que hacía era arrancar y aplastar sin querer algunas hojas que acaban cayendo al suelo mientras se cambiaba mecánicamente el bastón de mano.

—¿Quién será a estas horas? —decía siempre la tía Teresa—. Yo me voy dentro, no sea que venga algún desconocido. No tengo ganas. —Se levantaba a toda prisa, como si la persiguieran, y apenas tenía tiempo de esconderse en el comedor, que daba a la terraza, cuando aparecía a los dos minutos—: Ah, es usted, señor Lusus. Me había ido por si era algún desconocido...

—Síntese —lo invitaba mi madre mirando el recinto abierto de Tatoi—. Rodiá, el café...

El señor Lusus decía que sólo bebía té cuando estaba muy enfermo.

—No le haga café —le decía yo a Rodiá en la cocina—. ¿Por qué hay que prepararle algo aparte? Que beba té...

—Pero ¿por qué? —preguntaba Rodiá.

—¿Por qué? Y yo qué sé...

Al poco aparecía el café en una taza grande. El señor Lusus lo olía y se encendía un puro; daba un trago, una calada; otro trago, otra calada, y así una hora entera.

Siempre iba muy arreglado. En primavera llevaba ropa de lana fina inglesa color gris claro; en verano, lino blanco o seda cruda. Pero estaba gordo.

«¿Qué hay de nuevo?», preguntaba el abuelo frotándose las manos. El señor Lusus no sólo sabía lo que pasaba en Atenas, sino también en todo el mundo. Saltaba de un tema a otro con una facilidad pasmosa y cierta gracia: de las bodas de unos y otros al último invento estadounidense, de una conversación sobre arte —¿era auténtico tal cuadro del Greco?— al mejor método para injertar rosales. Era un hombre viajado y sabía muchas cosas. Para los mayores se trataba de una compañía agradable, valiosa. Para el abuelo, en concreto, tenía especial interés, pues, uniendo las piezas del puzle que le ofrecía, entre las bodas de unos y los inventos de otros, podía hacerse una idea del mundo. Así dejaba de atormentarlo el pensamiento de vivir fuera de él, aislado, y, libre ya de esa idea, podía seguir viviendo fuera de él, a su aire, que era lo que más deseaba. En fin, que el señor Lusus, sin saberlo, le daba la oportunidad de llevar la vida que quería sin remordimientos, algo por lo que el abuelo le estaba muy agradecido.

Aun así, yo tenía la impresión de que en todo lo que decía dejaba la impronta de su chillona risotada y de sus pasos pesados, y de que las cosas, vistas desde su prisma, adquirirían algo de su personalidad y se afeaban. En su boca el mayor invento era insignificante. Y, cuando madre se reía de sus chistes, me daban ganas de llorar con la cara enterrada en mi parterre chillón.

Entonces teníamos una institutriz que nos enseñaba francés y nos bañaba los sábados. Primero a María, luego

a Infanta y por último a mí. El día del baño era el más cansado para mademoiselle Sina. El mero hecho de lavarle el pelo a María, que entonces lo tenía muy largo, le daba dolor de espalda. También se enfadaba conmigo, pues, según decía, tenía el cuello un poco sucio, como si no me lo hubiera lavado en toda la semana. Y la verdad es que, a pesar de que me gustaba el agua y la disfrutaba, cuando me metía por la mañana bajo el grifo, intentaba que el chorro me cayera directamente en la espalda porque en el cuello me daba escalofríos. Sólo al zambullirme en el mar o en la alberca me daba igual mojar me el cuello. Cuando yo, que era la última, entraba en el baño, estaba lleno de vapor y olía a jabón; la estufa estaba al rojo vivo y la leña se había convertido en brasa. Aquel calor me ralentizaba los latidos del corazón. Ponía los ojos en blanco y me entraba una especie de desmayo, pero no decía nada porque aquello me gustaba. Era como estar dormida pero en vela, como hablar con otra voz. También tenía pensamientos extraños que, a pesar de su vaguedad, al recordarlos me llenaban de vergüenza.

El baño hacía que el sábado no se pareciera a ningún día. Tomábamos el té más temprano que de costumbre, con poco pan y poca mermelada para no tener el estómago pesado. Por la noche no nos sentábamos a la mesa, sino que cenábamos en la cama. Nos deslizábamos dentro de las sábanas limpias, el pelo humedecía un poco la almohada, teníamos la piel reluciente, el cerebro despejado —los pensamientos que un rato antes me habían avergonzado se disipaban, ni siquiera sospechaba que hubieran podido existir— y Rodiá nos traía a cada una sendas bandejas con sopa y cabeza de cordero hervida. La despedazábamos poco a poco, chupando todos los huesos, aprovechando la oportunidad de portarnos como unas bárbaras. Yo me comía todos los ojos —ni a Infanta ni a María les gustaban; el cordero les daba pena,

o eso decían—, y María, todas las lenguas. No íbamos a darle las buenas noches a madre: era ella la que venía. Se inclinaba sobre la cama de cada una, tomaba entre sus sedosas manos nuestro rostro, nos miraba a los ojos y nos besaba en las dos mejillas. Tenía la piel suave, blanca como las flores del invernadero del señor Lusion, y los ojos negros y brillantes como su pelo. Madre era guapa, muy guapa. Yo le suplicaba que volviera a besarme y, si bien algunas veces se inclinaba de nuevo y me tomaba la cabeza, otras fingía no haberme oído y se marchaba.

Mademoiselle Sina, a quien a menudo llamábamos Sina, se sabía todas las historias de Bécassine, pero a mí me gustaba más *Sin familia* porque entonces estaba convencida de que los rasgos cómicos afean la vida y los trágicos la embellecen. Disfrutaba llorando mientras leía *Sin familia*. Cuanto más se multiplicaban las peripecias y los contratiempos de Rémy, más importante y valiosa me sentía.

A mademoiselle Sina la quise mucho después de marcharse, ya que, mientras vivió con nosotras, me daba la impresión de que me coartaba, de que no me dejaba hacer lo que yo quería. Y aquella certidumbre mía era aún más sólida precisamente por no estar justificada.

Era suiza y tenía las mejillas rosadas con venitas rojas. La escuché hablar tan a menudo de Guillermo Tell que hoy en día sigo pensando que es el mayor héroe de todos los tiempos. Me hablaba de la espesa leche suiza, de las cumbres nevadas, de las tartaletas que salían ardiendo del horno de su padre. Me imaginaba deslizándome en trineo desde la cima más alta y llegando a toda velocidad justo delante de la panadería de su padre. Dejaba el trineo en la calle —allí puedes dejar lo que quieras en la calle, hasta el dinero, pues nadie roba— y cogía una tartaleta de albaricoque y otra de fresa. Antes incluso de probarlas, se me hacía la boca agua



mientras aquella fantástica fragancia del dulce caliente agitaba mis fosas nasales. «Allí hay fresas hasta en los bosques –decía mademoiselle Sina–. Sales de paseo y llenas una cesta entera. Pero yo no comía porque, en cuanto me metía una sola en la boca, me daban escalofríos y fiebre.»

Era verdad. Recuerdo que una vez la convencí de que probara dos fresas de la finca para ver si le entraban escalofríos, y no había pasado media hora cuando tuvo que meterse en la cama medio desmayada.

La atormentábamos, pobre, la enfadábamos, y entonces se le subía la sangre a la cabeza, las venitas de las mejillas se le ponían moradas y a nosotras nos entraba la risa. Pero hacíamos mal en olvidar que era buena y que había sido ella quien ahuyentó el miedo que nos había metido la otra institutriz, miss Ghost, quien, por las noches, me acuerdo perfectamente, se levantaba y se ponía a tocar el violín y a colgar sábanas blancas en los espejos. Nos llevaba a dar largos paseos por el bosque, nos sentaba a su alrededor y nos contaba que nuestra alma había pertenecido a otra persona o a otro animal antes que a nosotras y que, cuando nos muriéramos, volvería a pertenecer a otro ser.

Me volvía loca sólo de pensar que perdería mi alma, que ésta alzaría el vuelo como un pájaro. ¿Y si en la otra vida me convertía en caballo y los cocheros me azotaban con el látigo por la calle?

–Yo estoy aprendiendo violín para entonces –añadía ella con la mirada encendida.

–Y, si se convierte en cerdito o en gato, ¿cómo va a tocar, miss Ghost?

Recuerdo que un día le pregunté eso, riéndome a mandíbula batiente, a pesar de que me sudaban las manos y de que por poco desgarré el pañuelo de los nervios. «Tonte-rías», murmuró, amarilla como un limón.